

Don Milani o la alternativa

Muchas veces, al mirar la educación cristiana, la encontramos más llena de promesas que de realidades.

Están, ante todo, los lugares en que se ha arriado bandera. pensamos en el abandono de Catequesis Dominicales, de Grupos de Perseverancia, de reflexión cristiana en la escuela. En otros días fueron testigo de una ilusión, de una adecuación con las necesidades de nuestro pueblo. Hoy han quedado como recuerdos de lo que pudo y puede ser educación de la fe.

Están, después, los que se mantienen a pesar de todo. Los que en realidad malviven, solos y fortalecidos en su aislamiento, manteniendo modos de actuar de otros tiempos. Son testigos, la vez, de una fidelidad al mensaje y de una fidelidad a sí mismos.

Están, finalmente, los que tras la crisis de instituciones y personas, tratan de buscar. Se pronuncian desde opciones nuevas, radicales y a veces sorprendentes. Llegan incluso a vivir la humildad de los necesitados, que se les convierte en fe y en creatividad. Aunque a veces sean tan llamativos como acertados, testimonian que la educación de la fe sigue siendo posible.

A nosotros nos llenan de esperanza. Los tres.

Porque en cada una de estas situaciones está o puede estar el Espíritu pidiendo algo más. Haciéndonos caer en la cuenta no sólo de que le necesitamos, sino de que necesitamos aventura y nos para dar con un camino.

* * *

Don Milani pasó por las tres situaciones. Fue testigo de cansancio y abandonos. Palpó el desaliento y la agresividad de compañeros fracasados. Trató —poco tiempo, es verdad— de luchar desde los sistemas conocidos. Y sobre todo fue capaz de ir más allá.

Importa subrayarlo: ir más allá no significa destruir sino crear. Don Milani creó desde una postura anti-intelectual convencida. Creyó que el Espíritu le llamaba desde la vida de sus feligreses y no desde las sistematizaciones de la vida de los hombres. En sus feligreses vio al menos la posibilidad de una honradez práctica, vivida. Y realizó su misión desde allí.

Reflexionó, eso sí, sobre cómo era posible que en la cultura de su gente viviera la fe. Su formación por lo menos tan humanista como clerical le facilitó mucho las cosas. No podía, por ejemplo, creer que el trabajo, la relación, las palabras, el arte, el odio, la promoción humana, fueran algo extraño a la fe. Si la fe es posible, venía a pensar, tendrá que ser en el centro de toda la sensación de vivir de los hombres.

Puso al servicio de esta idea, ante todo, su propia entrega. Fue, si cabe, desmesuradamente fiel. Dios le empeñaba en una búsqueda más fuerte que la misma vida. Le empeñaba en la soledad, en el dolor y en la felicidad elementales y hondas de un trabajo callado. Pocos supieron de él. Así hubo quienes le abordaron como a quien poseía un método y le olvidaron decepcionados porque en él sólo se encontraba una persona. Que a veces, incluso, sabía mostrarse arisca y celosa.

Don Milani era enormemente celoso de quienes se atribuían la posesión de la Iglesia o del Espíritu porque poseían sus instituciones. Entendió que precisamente su amor a la Iglesia le obligaba a crear una actitud distinta. Así creó su propia imagen de cura-maestro.

Don Milani fue cura-maestro, más allá de los programas, de la pedagogía, de los horarios, de los locales. Entendía que la educación no cabe en ningún límite porque todo en la vida y toda la vida es educación. Si lo más fundamental de la vida es reflexionar y comunicarse, don Milani centró su escuela en el análisis minucioso de lo que la rodeaba y en el cuidado obsesivo por lograr de sus alumnos hombres capaces de expresarse. Y si lo más fundamental de la vida es la promoción humana, su escuela se centró agresiva y comprometidamente en promocionar a sus alumnos.

También este promocionar fue más allá de la distinción de clases. Optó, y rabiosamente, por una clase. Si fue más allá, es precisamente por su clasismo declarado. No es promoción el que al

pobre se le haga rico, para que a su vez perpetúe la distinción pobre-rico en la sociedad. Promoción significó para don Milani llegar a hombres con ojos y corazón abiertos: que entendiera que no se puede vivir a solas y que por tanto se debe crear relación nueva, superadora de todas las manipulaciones.

* * *

Por todo eso don Milani es un camino para la esperanza.

Si no la hacemos a su modo, no es posible la escuela cristiana; hemos confeccionado este número desde este convencimiento.

Así: primero, tres estudios para siluetear su obra. Lo biográfico, ante todo. Después, sendas reflexiones sobre la idea de cultura en la escuela de Barbiana; y sobre su sentido de Iglesia. Después, hemos querido recoger el eco de don Milani en los hombres de la práctica. Así, incluimos los comentarios de cinco maestros a Carta a una Maestra; de tres pastoralistas (pero a Experiencias Pastorales; y un coloquio-examen de conciencia a partir de El Maestro de Barbiana.

Completamos el número con una referencia, entre completamente orientadora, a la Bibliografía sobre el tema; y con la Carta de don Milani a los Jueces, con ocasión de su último proceso hasta hoy inédita en castellano.

Síntete quiere dedicar sus cuatro números de 1976
a otras tantas figuras de la Educación.

Ante cada una, la misma pregunta:

¿tiene algo que ver con nuestra realidad
educativa cristiana, aquí y ahora?

Y, siempre, un mismo objetivo:

Contribuir a la reflexión y al compromiso
de tantos educadores que se dicen cristianos.

Nuestro próximo número:

Celestin Freinet y la escuela cristiana.

Una serie que estimamos indispensable
para cualquier Departamento de Educación de la Fe.